

EDUARDO TERMINO EN LA CÁRCEL

Por **Cora Pendieton**

MUY ufano Eduardo Trubey llevó al automóvil su última maleta.

Ese era el día. Su corazón saltaba de alegría. ¡Pero si hubiese sabido que en lugar de gozar de abundante libertad del campamento, esa noche terminaría en la cárcel ... Mas él lo ignoraba, y también tendrás que esperar para descubrir qué fue lo que ocurrió.

Desde hacía años Eduardo soñaba con ir a un campamento. Cuando cumplió nueve años su madre le dijo que era muy joven para ir solo tan lejos. A los diez, atacó la fiebre reumática y tampoco pudo hacerlo.

Ahora tenía once años y se sentí muy bien. ¿Qué importaba lo pasado? Hoy era hoy! ¡Y ahora iría al campamento!

En su cabeza danzaban visiones de natación, paseos en canoa, caminatas, el izamiento de la bandera, trabajos manuales y comidas apetitosas. Se preguntaba quiénes serían sus compañeros de carpa quién sería su consejero y cuáles serían las historias que oiría y lo cantos que aprendería en torno a la fogata.

Mientras el automóvil avanzaba dando tumbos por el camino rural hacia la estación de ómnibus su madre le decía:

-Recuerda que los conductores de ómnibus son tus amigos. Si necesitas ayuda no vaciles en pedírsela a ellos. A los maleteros debes darles una propina. Aquí están los nombres de los lugares donde debes cambiar de ómnibus y los números de los autobuses que debes tomar. Cuando llegues a Chillicothe, te encontrará el pastor Whippet y te llevará hasta el campamento que queda como a unos siete kilómetros de allí.

A pesar de toda la emoción que sentía, Eduardo estaba un poco nervioso. Era la primera vez que viajaría solo, y tenía que recorrer unos 300 kilómetros y cambiar dos veces de ómnibus. Pero, al fin y al cabo, ya era casi un hombre. Enderezó los hombros y se sentó derecho. Once años es realmente una buena edad. Y el sentirse un poco asustado añadía una cierta emoción al viaje.

Antes de mucho la madre lo estaba poniendo con su equipaje en el ómnibus que iba a Rock Creek, Estado de Ohio. Lo presentó al conductor y lo besó para despedirlo.

-Sé bueno, sé cuidadoso y no te olvides de escribir -dijo ella, exactamente como dicen todas las madres cuando sus hijos salen del hogar.

Cuando el ómnibus partió de la estación, él se sintió un poco solitario, y saludó por última vez a su madre desde la ventanilla. Pero el conductor del ómnibus fue tan amigable con él que pronto lo hizo sentir cómodo.

Estando habituado como estaba a los olores del campo, la mezcla de olores que percibió en el ómnibus no le atraía mayormente. Pero la cambiante escena que veía desde la ventanilla lo fascinaba.

Transcurrieron dos horas y llegó el momento de cambiar de ómnibus. El amigable conductor le ayudó a encontrar el que ahora debía tomar. Eduardo se sentó en un asiento delantero junto a la ventanilla. Ese autobús era un viejo vehículo destartalado y olía mucho peor que el primero. La madre le había dicho que los conductores de ómnibus eran sus amigos, pero por la



forma como este conductor actuó no podría haberse dicho eso de él. Aparentemente era un viejo de mal genio. Tomó el billete de Eduardo y se lo marcó sin sonreír ni saludarlo.

El destartalado autobús se sacudió recorriendo el camino durante otras dos horas, despidiendo un asfixiante olor a gasolina a medio quemar. Llegó a la parada con media hora de retraso.

Eduardo miró por la ventanilla del ómnibus. ¡Oh, no! ¡El ómnibus que debía tomar estaba saliendo en ese instante! ¿Qué podría hacer? Desesperado llamó a un maletero que estaba a pocos pasos del ómnibus.

-¡Señor! Mi ómnibus se está yendo... No quiero perderlo...

El inteligente maletero inmediatamente se dio cuenta de la situación, y le silbó al conductor del ómnibus que partía, haciéndole señas para que esperara.

Tomando parte del equipaje de Eduardo, el hombre corrió hacia el vehículo que estaba esperando.

El pánico de Eduardo comenzó a decrecer. Subió al ómnibus, pero de pronto recordó lo que su madre le había dicho acerca de dar propina a los maleteros.

Dejó su maleta en el piso del ómnibus y comenzó a buscar frenéticamente en su bolsillo algunas monedas.

El maletero le dio una amplia sonrisa y lo despidió diciéndole:

"No importa, maestro. Que te vaya bien y olvídale".

Eduardo le devolvió una sonrisa de agradecimiento y entregó el boleto al conductor del ómnibus.

El resto del viaje en ese ómnibus pasó sin novedades.

Pero a medida que Eduardo se acercaba al lugar de su destino comenzó de nuevo a preocuparse. ¿Y qué pasaría si el pastor Whippet no estuviera esperándolo cuando llegara allí? Además, él nunca lo había visto. ¿Cómo lo reconocería? ¿Y si ...? Varios y SI comenzaron a pasar por su mente. Le corrían escalofríos por la columna vertebral.

"¡Chillícothe! ¡La próxima parada!" anunció el conductor.

Entonces el ómnibus se detuvo y Eduardo bajó. Y allí quedó con sus maletas esperanzado de encontrar a alguien, y mirando a su alrededor, pero nadie pareció mostrar el más mínimo interés en él.

Media hora más tarde todavía estaba esperando y nadie llegaba por él. Se iba poniendo cada vez más nervioso.

Se acercó tímidamente al encargado de la estación de ómnibus.

-Señor, yo debo ir a Tar Hollow Camp. Yo esperaba que alguien me encontrara aquí, pero no está. ¿Qué debo hacer?

El encargado de la estación se frotó la barbilla.

-Espera un momento hasta que arregle algo que debo atender y luego veremos lo que hacemos.

Eduardo quedó parado primero en un pie, y luego en el otro.

El hombre se dirigió al teléfono y llamó al campamento, pero nadie respondió.

Eduardo tenía hambre, y allí hacia frío. Se arrinconó en un banco.

Después de otra media hora el encargado de la estación trató de nuevo de llamar por teléfono. ¡No obtuvo ninguna respuesta!

Eran casi las nueve, hora de cerrar la estación para la noche.

-Bueno, hijo, ¿qué haremos contigo? -preguntó el hombre tratando nuevamente de comunicarse por teléfono con el campamento.

Eduardo no tenía ninguna solución que ofrecerle.

De pronto la cara del hombre se iluminó.

-¡Yo sé lo que haremos! Llamaremos a la policía.

Eduardo abrió tremendos ojos. Antes de mucho entró en la estación de ómnibus un corpulento policía.

-¿De modo que éste es el muchacho que necesita un lugar para pasar la noche? ¿Tienes miedo de pasar toda la noche conmigo;

La voz del policía era grave y placentera.

-No ... señor -tartamudeó Eduardo.

Entonces el policía tomó alegremente las dos maletas de Eduardo y dijo:

-Muy bien, entonces vamos.

El policía vestía su uniforme de botones dorados y llevaba un revólver a la cintura. Eduardo nunca antes había caminado junto a un policía. ¡Eso era algo digno de escribirlo a la casa!

Cuando llegaron al departamento de policía el agente le preguntó:

-¿Cenaste?

-No, señor -respondió Eduardo, que tenía tanta hambre que hubiera podido comerse hasta el cinturón de cuero del policía.

Dirigiéndose a la nevera, entre los dos encontraron un poco de leche, queso, pan, fruta y hasta algunas galletitas.

Eduardo no tardó en sentirse mucho mejor.

Después que Eduardo le hizo honor a la comida, el policía lo llevó a su cuarto. No era una verdadera celda; tampoco se asemejaba al cuarto de un hotel elegante. Había en él una tarima, un lavamanos y un cuarto de baño. Eso era todo.

El cuarto quedaba frente a unas celdas que tenían puertas de barras de hierro, dentro de las cuales había presos. Era una cárcel de condado que tenía dos o tres hileras de celdas.

-Quiero explicarte algo -dijo el policía-. A veces, durante la noche traemos aquí a personas que están ebrias, y no queremos que te molesten. De modo que tendré que encerrarte en tu cuarto.

Eduardo se sentó en su litera y decidió escribir una carta a la casa contando sus aventuras. Con corazón agradecido se arrodilló y oró antes de acostarse.

Quizás trajeron algunas personas ebrias durante la noche, pero si lo hicieron, aquéllas no perturbaron el

sueño de Eduardo. Cuando se despertó era de mañana, y comenzó a mirar a su alrededor tratando de imaginarse dónde estaba y por qué había llegado allí.

Entonces se acordó de lo que había ocurrido. Salió de la cama y se vistió. Leyó su devoción matutina, y oró. Hasta ese momento nadie había aparecido para abrir la puerta. Trepándose como pudo a la armazón de la cama, espió por la claraboya.

Después de un rato apareció el policía, y Eduardo recibió el desayuno.

-Señor, ¿puedo ver a los presos? -preguntó cortésmente Eduardo.

-No veo por qué no puedas hacerlo -replicó su nuevo amigo, de modo que juntos recorrieron la cárcel.

El policía le habló a Eduardo acerca de algunos de los presos y le contó por qué estaban allí. Uno de ellos había robado un automóvil. Eduardo hasta pudo hablar con algunos de los presos.

Uno de los hombres le dijo muy serio:

-Joven, ¡anda derecho! No hagas ninguna fechoría y nunca te encontrarás en las condiciones en que yo estoy.

Sí señor, lo haré -prometió Eduardo.

¡Pero aún le esperaban más emociones! El policía en persona llevó a Eduardo al campamento en un automóvil de policía.

Como podrás imaginarte, el carro de policía y el oficial uniformado crearon una verdadera conmoción en el campamento.

Todo el mundo lo rodeó para escuchar sus aventuras. Y mientras las contaba y las recontaba, a alguien se le ocurrió llamarlo el "presidiario". El apodo se le pegó y ese nombre le quedó por el resto del campamento. Naturalmente, él se gozó con las bromas y la atención especial que recibió, y en esas circunstancias consideró que ese título era un tanto honorable.

Allí se enteró por qué nadie contestó el teléfono cuando el encargado de la estación de ómnibus trató de comunicarse con los del campamento. Todo el mundo había ido al lago para celebrar la hora de la fogata. ¿Y por qué el pastor Whippet no lo había ido a esperar en la estación? Había habido un mal entendido acerca de la hora.

Pero, ¡qué divertido! ¡Tú nunca sabes con qué te encontrarás cuando vas a un campamento de verano!